

médicos eclécticos poseen un criterio ó regla cierta para no equivocarse en sus elecciones, por este solo hecho dejarían de ser eclécticos y tendrían una teoría peculiar para recoger los hechos esparcidos, sistematizarlos y reunirlos en un cuerpo de doctrina, lo que les conduciría al esclusivismo médico.

Lo cierto es que el eclecticismo aventura de continuo la aplicación puramente empírica de los procedimientos y de los agentes terapéuticos que á cada momento preconizan los folletos y las gacetas, cuya lectura les suministra casi todos los meses ideas ú opiniones extravagantes y contradictorias, que admiten ó rechazan sin otro tacto médico, que obedecer al primer capricho de la imaginación: todo lo cual viene á parar en un empirismo grosero, y ese tacto elector tan ponderado, en un tacto de ciego.

CAPITULO XV.

De las dosis infinteismales de la homeopatía.

El escollo, contra que mas frecuentemente se estrella la medianía de talentos médicos, es la pequenez de las dosis que la homeopatía emplea. Juzgando á esta sin exámen y sin tomar informes de la esperiencia, no hay duda que parece inverosímil que se puedan atacar victoriosamente las enfermedades con átomos medicinales invisibles. Mas si pensamos en ello, veremos que nuestra incredulidad viene del hábito tan antiguo de administrar

otras dosis mucho mayores, y que debe despreciar esta duda todo espíritu recto y vigoroso, que desoye las preocupaciones para escuchar solo lo que le diga la razón apoyada en los hechos.

Solamente en el cerebro de hombres los mas limitados y orgullosos, al mismo tiempo puede alojarse la idea de que en las ciencias todas, ya nada nos queda que adelantar, que todas han tocado su Zenith, mas arriba del cual ni hay ni puede haber progreso. Si se hubieran libertado de este error, tampoco hubieran caído en el de no conceder á la esfera de lo posible otros límites que los de su estrecho saber. *Quod non intelligo nego*, es su ordinario resuello, y una lógica tan detestable, no puede menos de inducirlos á juicios siniestros y absurdos, conduciéndolos á las mas extravagantes consecuencias. Si solo creyéramos posibles los fenómenos, cuyo por qué y modo de ejecución nos son conocidos, ¿dónde iría á dar nuestro escepticismo!... y si nos determináramos á obrar segun él... ¿de cuantos recursos, de cuantas utilidades no nos veríamos privados! Desde luego ni se sembraría ni tendríamos pan, porque ignorando el mecanismo y las leyes de la germinación, se debia concluir segun la misma lógica de su adopción, la imposibilidad de germinar los cereales. El piloto por la misma razón renunciaría á los servicios que á toda hora le presta la brújula, que segun el mismo modo de discurrir tendria por imposibles, no obstante el testimonio diario de su propia esperiencia, porque no comprende como se obran. Nadie debia

aprender á leer, mediante que antes de saber dar un sonido propio y la necesaria combinacion á las letras del alfabeto, nadie es capaz de saber cómo estos signos habian de espesar y transmitir nuestras ideas; en una palabra, nada deberiamos creer, pues de ninguna cosa conocemos la esencia.

Y si tal modo de discurrir y juzgar de la posibilidad de los actos de la naturaleza seria el colmo de la irracionalidad... ¿será mas razonable negar á las dósís infinitesimales su actividad, solo por que no comprendemos cómo la ejercen aunque todos los dias seamos testigos de ella? El perezoso, el indolente, solo es el que se estaciona en dudas de esta especie, pudiendo salir de ellas á toda hora por la puerta de la esperiencia: y como de un hecho suficientemente averiguado y apreciado, se concluye bien á la potencia ó posibilidad del mismo, se persuadirá y verá claro, sino se quiere ser ciego en medio del dia, que cuanto sucede puede suceder, aunque ignoremos como.

Que, ¿cómo es posible, dicen los espíritus frívolos y superficiales, que una fraccion imponderable de medicamento, produzca efectos apreciables, cuando muchas veces son nulos aun los de las cantidades escesivamente masivas?... Y yo responderé. Retorque argumentum. ¿Cómo es posible coser perfectamente una camisa con medio grano de acero, cuando vemos que no se puede hacer con un gintal de la misma fundicion? Pero esa pequeña fraccion de metal, me replicarán, está dispuesta en forma de abuja, es dirigida por una mano inteli-

gente y directa, segun leyes y preceptos del arte, ciertos y necesarios al efecto. Pues bien, repetiré yo, siguiendo la misma ilacion conocerán VV. que no porque en alopatía con dósís enormes de medicamentos, groseramente manipulados, inoportunamente aplicados, y contra las leyes de la naturaleza, no se puedan obtener resultados satisfactorios, no por eso estamos autorizados á concluir, que tampoco se logren en homeopatía, obrando en sentido de las leyes naturales, con pequenísimos átomos medicamentosos convenientemente educados.

Como es imposible que con *lo menos* se obtenga *lo mas*, los médicos homeópatas ni aun ser escuchados mereciéramos, si nuestras manipulaciones farmacéuticas solo sirvieran para dividir al infinito las sustancias que empleamos. Pero como la preparacion homeopática fracciona y modifica al mismo tiempo la sustancia que se le somete, resulta que un glóbulo de azufre en la treintésima dilucion, es ya otra cosa muy diferente que un decilloneismo de grano del mismo azúfre en bruto; así como la aguja de coser mas fina, es ya otra cosa bien distinta de igual peso de acero tomado en bruto, sin embargo de que en la aguja no se verifica mas que un cambio de forma, al paso que en los medicamentos preparados conforme á la farmacología homeopática, lo hay de forma y de naturaleza al mismo tiempo. Luego si hay una diferencia de naturaleza y de propiedades, ¿á qué asombrarse de

que tambien la haya de accion? Ciertamente que pretender obtener mas que con el todo, con una parte de él, seria absurdo; pero pretender obtener mas con otro medio, nada tiene de absurdo ni de imposible. La dificultad está en que los alóptas quieren coser una camisa sirviéndoles de medio un quintal de acero informe, mientras la homeopatía la cose con dos granos del mismo metal preparado antes y dispuesto en forma de aguja; lo que muda completamente la condicion del medio de que una y otra se sirven. No será pues estraño que la alopatía aparezca tan corto sastre al lado de la homeopatía.

Reflexionemos que el oro, la plata, el peder-
nal, la tierra calcárea, el carbon ordinario, el pol-
len del licopodio etc. etc.: en el estado natural
administrado al hombre sano ó al enfermo, aun
en cantidad crecida, no producen sobre su orga-
nismo efecto alguno notable, al paso que las dó-
sis atomísticas de estos mismos cuerpos adminis-
trados conforme establece la homeopatía, son se-
guidas constantemente de numerosos y sorpren-
dentes resultados, lo que declara que su condi-
cion se ha mudado, dejando de ser inértes y pa-
sando al grado mas eminente de actividad. Hecho
palpable que obtendrá siempre todo el que do-
tado de los conocimientos necesarios, quiera re-
petirlo. Y si el raciocinio mejor hilado y mas se-
ductor puede todavía ser falso y absurdo, al pa-
so que un hecho bien evidenciado siempre dice
verdad, ¿á qué bueno dudar de la actividad de

las dosis homeopáticas acreditada constantemente por el hecho?

Hecho bien frecuentado y bien auténtico es el que nos dice: «*Toda sustancia empleada en medicina tiene la propiedad de producir fenómenos morbosos en el hombre sano, cuando convenientemente preparada se emplea á dosis tan pequeñas, que aun al cálculo se oculte su tamaño; y de producir á las mismas dosis fenómenos curativos no menos evidentes, cuando es apropiada á la enfermedad contra que se administra.*» Mas no obstante de ser esta una verdad de tan facil comprobacion, duda de ella el alópata abezado á sus enormes dosis, que por preocupacion juzga necesarias, mientras por pereza no interroga sobre ello á la esperiencia, y se contenta con esclamar: ¡Cómo puede ser que una sustancia medicinal administrada á tal cantidad que ya no ofrece alguna propiedad física reconocible, ni alguna cualidad química posible de comprobar, conserve bastante accion para producir sobre el organismo las modificaciones profundas que la homeopatía le atribuye!... ¡Oh! no es posible!—Si lo es, y mucho, se le pudiera contestar, puesto que constantemente sucede, y contra un hecho igual todos los argumentos son impotentes. Que al grado de atenuacion que conducimos nuestros medicamentos, no manifiesten las mas veces su existencia por medio del color, olor, ni sabor, yo lo concedo; pero de aquí no se sigue que siempre y en todo caso se oculten á nuestros

sentidos las propiedades físicas y químicas de que están dotados. MM. Jourdan, Petroz y Guibourt citados por el Dr. Leon Simon, operaron sobre el sublimado corrosivo, y hé aquí lo que dicen: «Poniendo en un vidrio de reloj una gota de sublimado corrosivo á la quindécima dilucion alcoólica, y añadiéndole una cantidad muy pequeña de hidrosulfato de sosa, quedó una ligera costra opáca, que interpuesta entre el ojo y un papel, presentó un tinte negrozco manifesto, principalmente hácia la circunferencia del líquido evaporado. Si se repite la esperiencia con el hidrosulfato de sosa y alcohol puro, se obtiene también una costra opáca con viso agrisado ú negrozco, que debe atribuirse al grado de atenuacion del azúfre precipitado; pero este efecto es menos marcado que cuando se emplea la solucion del sublimado corrosivo; de modo que se debe concluir, que el tinte negrozco observado con este, es en parte debido á la presencia del compuesto mercurial.»

«No es poco, dice el citado Leon Simon, haber podido volver á descubrir la presencia del sublimado corrosivo en una gota de la quindécima dilucion (1) y á penas puedo persuadirme

(1) La fraccion de grano de sublimado corrosivo que contiene cada gota de su décimaquinta atenuacion, es tan pequeña, que calculando para cada una de estas fracciones una gota de agua, acaso cuanta contiene el mediterráneo seria insuficiente para llevar el grano entero á la décimaquinta atenuacion; pero segun el procedimien-

que los procedimientos químicos puedan llevarse mas allá en este punto.» El mismo refiere lo siguiente: «Consultado hace algun tiempo por un enfermo atacado de un catárrro antiguo de la vegiga urinaria, que me parecia provenir de un vicio psórico, aun mas antiguo, principié el tratamiento por la administracion de tres globulos empapados en la tintura de azúfre á la treintésima dilucion. No habiendome producido efecto alguno apreciable esta primera dosis, y pareciéndome el azúfre bien apropiado, tanto al estado sintomático como á la causa ocasional, repetí la administracion. Bajo su influencia las mucosidades abundantes que contenian las orinas del enfermo, se disminuyeron considerablemente, al mismo tiempo que se produjeron síntomas de agravacion nada dudosa, inútiles de referir en este momento. Por mas de quince dias que duró la agravacion, y que el enfermo sentia vivos dolores en la vegiga y el recto, la presencia del azúfre se descubrió por la irizacion y aun la coloracion en negro del orinal de plata, de que se servia de ordinario. Y, cosa notable! la irizacion del orinal disminuyó gradualmente segun la agravacion caminaba á su fin.»

Mi práctica propia me ha ofrecido tambien

to homeopático, tomando para atenuar una gota de la dilucion antecedente, otras noventa y nueve de líquido, solo son necesarias dos onzas y media escasas de este para llevar la unidad medicinal á aquel asombroso grado de difusion.

casos semejantes al referido del Dr. Leon Simon. Hace seis años que estube tratando con el azúfre á la treintésima dilucion, una blenorrea pulmonal, resultante de una sarna retropulsa, y por todo el tiempo que duró la administracion de esta substancia, los abundantes esputos mucosos del enfermo exhalaban un olor muy decidido de azúfre, sobre lo que llamaron mi atencion el enfermo y asistentes, pues aunque yo tambien lo habia desde luego percibido, no quise darme por entendido por no prevenirlos. En las esperiencias patogenéticas á que varias veces he sometido esta sustancia sobre mí mismo, que soy muy propenso á sudar especialmente en verano, tambien he echado de ver, que aunque tomada á las dosis mas pequeñas que se acostumbran en la homeopatía, daba por todo el tiempo de su accion un olor muy manifesto de azúfre á mi transpiracion cutánea. Ensayando sobre mi organismo en estado de salud, otros medicamentos, he observado fenómenos análogos á este; y debo advertir que otros medicamentos que comunican olor, ó color á nuestras escreciones, no dán el suyo propio, sino cambiado en otro muy distinto, lo que en algun modo concurre á probar que dichos medicamentos por las preparaciones homeopáticas, no solo cambian como dije antes, sus condiciones terapéuticas, sino que aun tambien despues de introducidos en el estómago, y sometidos en tal estado de atenuacion, al poder de los reactivos naturales de nuestros humores, acaso mas poderosos que

los que la química posee, cambian tambien sus propiedades físicas.

De otro modo, yo no sé explicar el hecho siguiente. En las esperiencias hechas en mí del aceite etéreo de trementina, mis orinas tomaban una fragancia bien notable, no de trementina, sino enteramente igual á la de la viola moschata de Linceo. Ensayando del mismo modo el jugo reciente del *Asparagus acutifolius* del mismo Linceo, mi orina despedia un olor fétido en nada parecido al de dicha planta, y mas subido, ofreciendo al mismo tiempo un color pardo oscuro ú negruzco muy parecido al del café fuerte, no obstante ser verde claro el color de la tintura madre que yo habia tomado.

En vista de estos casos y otros semejantes, yo creo con el Dr. Simon, que fuera muy conveniente para los adelantamientos de la homeopatía, y para la conviccion de los que dudan de la presencia del medicamento en las mas altas diluciones, someter á la accion de algunos reactivos químicos las deyecciones de los que usan medicamentos homeopáticos, pues es claro que las propiedades físicas y químicas de los cuerpos desaparecerian, como incapaces de existir sin la sustancia, si la de los medicamentos desapareciese por las numerosas y prolijas atenuaciones á que la homeopatía los somete, puesto que: «*A nihilo nullæ sunt proprietates.*»

Los antagonistas de las pequeñas dosis se rien (y ya iremos viendo con que justicia) de que cuando Hahnemann al poner en práctica la ley

de los semejantes, viendo que las dosis alopáticas producian de ordinario agravaciones violentas y peligrosas, trató de ir las achicando gradualmente, tomando una gota del medicamento, que mezclaba con noventa y nueve de alcohol, para que cada una de estas cien gotas resultantes de la mezcla contuviese un centésimo de gota medicinal. Después de esta primera dilucion, tomando una gota, ó lo que es lo mismo, un centésimo de la gota primitiva, la mezclaba y atenuaba con otras noventa y nueve de alcohol, resultando igualmente así que esta segunda dilucion contenia en cada gota una fraccion diezmilésima de la gota primitiva; y así iba procediendo de una á otra dilucion hasta llegar á la treintésima que en cada gota representaba un decillonésimo de la primera de todas. En las mismas proporciones atenuaba los medicamentos áridos, tomando un grano de su polvo, y triturandolo con noventa y nueve de azúcar de leche, guardando el mismo orden de progresion que con las diluciones de los líquidos hasta la tercera atenuacion pulverulenta ó seca, pues desde la cuarta inclusive en adelante ya se hacen todas en líquido, visto que los medicamentos insolubles antes en el agua y en el alcohol, desde la tercera trituracion en seco ya eran solubles en cualquiera de aquellos dos líquidos indistintamente. Descubrimiento de sumo valor que la química debe á la homeopatía. Todas estas manipulaciones, como ya vá dicho, no eran solo para dividir el medicamento en fracciones pequeñi-

simas, sino para desarrollar al mismo tiempo su virtualidad, y darle, por decirlo así, la vida y actividad de que muchos carecen absolutamente antes de sufrir las sucusiones, trituraciones y diluciones de la farmacología homeopática.

Llevadas las atenuaciones hasta tal punto, nada de estrañar era la risa de los alópatas acostumbrados á despertar el organismo de un hachazo cuando bastaba tocarle ligeramente con las barbas de una pluma. En esto sobre falta de razon, acreditan tambien su inconsecuencia, mientras no consientan que á una mosca encaramada sobre sus narices se le ojee de un garrotazo á mantenido, aunque para auyentarla baste el ligero movimiento del dedo, sin tocarla siquiera. ¿Por qué pues quieren para otro lo que no quieren para sí? ¿No ven qué tal inconsecuencia lastima la moral cristiana? ¿Por qué pues cuando enferma un alópata es tan económico de medicamentos, mientras que cuando otro enfermo se confia á su cuidado, pretende sin vacilar auyentarle el mal que le aqueja, apaleando inconsiderablemente su organismo con dosis enormes y repetidas de medicamentos, que no puede soportar, y que por eso rechaza y lanza de sí por medio de evacuaciones de diversas especies, ó por medio del dolor, si ya no sucumbe á la violencia de su accion á falta de vigor para resistirla y vencerla? ¿A qué un tratamiento tan áspero, cuando ofrece mucha mas seguridad otro incomparablemente mas suave? Pensad en ello, alópatas, consultad la espe-

riencia mientras con un poquito mas de reflexion, si os residenciais á vosotros mismos, vereis que tampoco sois consecuentes cuando al ridiculizar la divisibilidad medicamentosa de la homeopatía, os olvidais de que vosotros mismos os haceis un deber de reducir á centésimos la unidad de los remedios, y de que este deber es aun mas riguroso, es absoluto para el homeópata, como que aplica los agentes medicinales por el lado de sus efectos primitivos, vibrando la misma cuerda que el mal.

Bien sabemos, y tambien vosotros lo sabeis, que obrando conforme á la ley de los contrarios, aplicando los remedios en relacion á sus síntomas ó efectos secundarios, no provocarian efecto alguno las dosis infiniteismales, porque exclusivamente toman su actividad de su propio carácter específico, y aunque fuese inesplicable el modo de suceder esto, no por eso se debe dejar de admitir el hecho todos los dias presentado á nuestros ojos por la esperiencia. Sin embargo, no es muy difícil comprender que un medicamento destinado á ponerse en contacto con las partes de nuestro organismo, que padecen una enfermedad semejante á la que él mismo es capaz de producir en el hombre sano, lo encuentra casi todo hecho, mientras que los remedios aplicados en razon contraria tienen que crear, no solo un fenómeno por entero, sino tambien un fenómeno enteramente opuesto á las circunstancias y predisposiciones favorables á su creacion, lo que no se puede conseguir sino á fuerza de dosis enormes.

En terapéutica no se puede menos de considerar cada sustancia medicinal bajo dos diferentes aspectos, uno relativo á su parte material, y el otro á su parte virtual: de modo que cuando nos servimos de ellos contra las enfermedades, no perdamos de vista ni su masa ni su virtud, cosas bien distintas entre sí, como que la primera solo sirve de vehículo á la última; de donde deberemos inferir, que siendo la parte virtual lo que de curativo encierra el agente medicinal entero, cuanto menos encadenada se encuentre esta potencia por las trabas de la materia, obrará de un modo virtual mas espedito, suave y profundo, *quia corpora non agunt nisi soluta.*

Debemos pues hacer distincion entre la masa y la fuerza de un remedio, aunque no pueden existir separados, pues cuando asi las consideramos, es solo para comodidad del entendimiento, y no olvidemos que la fuerza ó la cualidad es lo que cura, y no la masa ó cantidad. Ahora bien, si establecemos las relaciones de estas dos partes del remedio entre sí, sentando, *que cuanto mayor es la masa de un agente medicinal tanto mas enérgica será su fuerza*, habremos dicho una verdad, pero si pretendemos, *que la mayor masa tenga proporcionalmente mas fuerza*, habremos juzgado rectamente solo en parte. Para convencernos de ello, bastará recordar que ciertos medicamentos en su estado natural se encuentran ya en todo el desarrollo posible de su fuerza, y en tal caso esta se halla en razon directa de cantidad, pero vemos tam-